



El SAER de la Clínica propone con este número una reflexión sobre la ESPERANZA. El Papa Francisco nos señala que Abraham, en un momento de desconfianza se vuelve a Dios para que le ayude a seguir esperando. Una oración de esperanza... No hay nada más hermoso. Recordemos que Dios es misericordioso, que enciende nuestra confianza en nosotros mismos, por lo tanto, ni la soledad, ni la falta de sentido, ni el abandono tienen cabida cuando la esperanza está presente. Preparémonos para vivir este tiempo de ADVIENTO llenos de esperanza.

www.nuestraseñoradelapaz.es

ESPERANZA Y FELICIDAD

Nunca será tarde para buscar un mundo mejor y más nuevo, si en el empeño ponemos coraje y esperanza (Alfred Tennyson). La esperanza es el "acompañante inseparable" de la fe.

La fe se apoya en la esperanza y "se apresura a ir más allá de este mundo", decía Calvino. Con ello no quería afirmar que la fe cristiana huya del mundo, pero sí, desde luego, que anhela el futuro. Creer significa de hecho superar las barreras, trascender, encontrarse en salida. La fe puede y debe dilatarse hasta la esperanza allí, sólo allí donde, con la resurrección del crucificado, están derribadas las barreras contra las que se estrellan todas las esperanzas humanas. Allí la esperanza de la fe se transforma en "apasionamiento por lo posible" para Kierkegaard, ya que puede ser apasionamiento porque está posibilitado.

Sin el conocimiento de la fe, fundado en Cristo, la esperanza se convierte en utopía que se pierde en el vacío. Pero sin la esperanza, la fe decae, se transforma en pusilanimidad y, por fin, en fe muerta. Creer significa rebasar, en una esperanza que se adelanta, las barreras que han sido derribadas por la resurrección. Para el conocimiento, la comprensión y la reflexión sobre la realidad, esto significa, cuando menos, que, en el ámbito de la esperanza, los conceptos teológicos no se convierten en juicios que fijan la realidad en aquello que existe, sino en anticipaciones que le ponen al descubierto a la realidad su horizonte y sus posibilidades futuras. Tres sencillas palabras, según Lee Seungbok Rafael, integran fe y esperanza en la realidad de cada día:

- Escuchar. Escuchar es el inicio de toda relación. Escuchar implica en el plano existencial admitir y acoger al otro. Al escuchar, al mismo tiempo, transmitimos nuestro corazón. Porque la verdadera escucha es una entrega de nuestro tiempo, corazón y presencia al otro. Al escuchar la Palabra aprendemos nuestra esperanza y vocación última. Después, escuchamos a los otros y a la naturaleza. El primer paso para restaurar las relaciones con ellos es escuchar sus alegrías, angustias, tristezas, etc.
- Asombrarse. Asombrarse es mirar, conocer y, en definitiva, consentir con gratitud. En nuestra sociedad vamos perdiendo cada vez más la capacidad del asombro. Lo que se mira con intención instrumental, no puede producir asombro. La capacidad de asombro en la vida diaria nos hace posible mantener la felicidad de cada día y no perder la esperanza pese a todas las dificultades y angustias.
- Creer. La fe no es otra cosa que esperanza. Si experimentamos el amor absoluto de Dios y creemos en Él, hallaremos una esperanza inquebrantable. La fe nos otorga la convicción de que Dios es el único y supremo fundamento de nuestra esperanza. Escuchamos, para sembrar una relación fundante; nos asombramos, para regar de gozo y gratitud la vida cotidiana; por fin, creemos, para que crezca sin cesar nuestra esperanza. Sembrar, regar, crecer: en definitiva, trabajar desde Dios y con todos por refundar nuestra esperanza. Y, una vez más así vamos encarnando la Hospitalidad con esperanza orientada a la felicidad.

ESCUCHAR



ASOMBRARSE



CREER



LA ESPERANZA CRISTIANA

Sobre la esperanza el Papa Francisco nos dice: “De las virtudes teologales la esperanza, es la más pequeña, pero la más fuerte, porque permanece oculta”. Durante estos tiempos tan convulsos el Papa nos insta a mirar con nuevos ojos nuestra existencia, especialmente ahora que estamos pasando por una dura prueba, y mirar a través de los ojos de Jesús, “el autor de la esperanza”, con la certeza de que las tinieblas se convertirán en luz. Por la esperanza, los cristianos aspiramos al Reino de los Cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, depositando nuestra confianza y apoyándonos en las promesas de Cristo y en la ayuda imprescindible de la gracia derramada por el Espíritu Santo.

La sociedad en general, tan amiga de poner imagen a todo, asigna el color verde a la esperanza. La percepción del color es un proceso individual y subjetivo, influenciado por los factores culturales de nuestro entorno. Los cristianos no nos limitamos a ponerle color a la esperanza, le ponemos rostro, porque la esperanza tiene un rostro que es el del Señor resucitado que viene “con gran poder y gloria” (Mc.13,26). Es más, para nosotros la esperanza no debe de ser algo sino alguien, San Francisco de Asís lo tenía muy claro, nos dejó escrito cuando exclama en sus alabanzas del Dios Altísimo: “¡Tú eres nuestra esperanza! No abandonará a todos los que esperan en Él”. La Biblia está llena de esperanza. “Abraham creía firmemente en la esperanza contra toda esperanza” (Rom. 4,18). La esperanza no defrauda.

Toda esta sabiduría, se recoge en un dicho popular que se pierde en la noche de los tiempos, y es utilizado por todo el mundo, creyente o no: “La esperanza es lo último que se pierde”. Los cristianos, al tener como objetivo el conseguir la plenitud en el Reino de Dios, no debemos olvidar que disponemos de una gran ventaja para sentirnos felices. Tenemos el objetivo y tenemos el camino, tan importante como el propio objetivo, ya que la felicidad, en general, es una emoción que sentimos los seres humanos, cuando estamos satisfechos con nuestra vida, o cuando logramos objetivos, o metas que nos realizan como individuos, también cuando hacemos frente a las adversidades, vivir no es fácil, es muy importante luchar cuando se presentan los problemas de cualquier índole, físicos o emocionales. Hay que tener en cuenta que cada persona puede tener una percepción distinta de lo que se entiende por felicidad. Los cristianos podemos disfrutar y sentirnos felices, si miramos el pasado con respeto, (de dónde vengo), el futuro con esperanza (a dónde voy) y el presente siendo consecuentes con nuestra fe, y viviendo con las enseñanzas de Jesús (aquí y ahora). Durante su brevísimo ministerio, Juan Pablo I dedicó una catequesis a la esperanza, en la que afirmaba que “es una virtud obligatoria para todo cristiano” que nace de la confianza en tres verdades: “Dios es Todopoderoso, Dios me ama inmensamente, Dios es fiel a las promesas”.

Vivamos este tiempo de Adviento como una espera ESPERANZADA.



¡FELIZ TIEMPO DE ADVIENTO!

PARA PENSAR

La misma esperanza deja de ser felicidad cuando va acompañada de la impaciencia. **(John Ruskin)**. La esperanza no es ni realidad ni quimera. Es como los caminos de la Tierra: sobre la Tierra no había caminos; han sido hechos por el gran número de transeúntes **(Lu Xun)**.

EL RINCÓN DEL COLABORADOR

"La esperanza es un sentimiento de poder mantenerse fuerte y con FE ante cualquier adversidad. De poder conseguir todo lo que te propongas. Es despertar y seguir el camino que Jesús nos enseñó. Orientarnos en una vida plena ayudando al prójimo. Tendiéndole nuestra mano, brindándole un camino de luz.

Gracias a ella aguantamos ante cualquier circunstancia. Ella nos sostiene y nos hace dar a nuestros hermanos un gran apoyo. Nos sostiene en esas ocasiones donde nada tiene sentido. Donde no vemos claridad. Ella viene de tu mano. Ella muy pocas veces te abandona. Mientras la esperanza y la luz del Señor te acompañe. Nada te falta"

Rocío Villacañas y Sandra Manzaneque
Técnicos de Cuidados Auxiliares de Enfermería